

## MITOS Y LEYENDAS EN LA ISLA DE PASCUA

Camila Laureani

La transmisión de los mitos y leyendas de la antigua cultura pascuense ha sido confiada, en su mayor parte, a la tradición oral. Esta, muchas veces, se acompañaba (costumbre que continúa todavía) con juegos de Kai-kai, es decir, figuras derivadas de la combinación de los movimientos de un cordel tendido entre las manos. Cada figuración simboliza una leyenda distinta. Esta tradición oral es muy válida en cuanto se ha transmitido, prácticamente inmutada, de generación en generación hasta nuestros días.

Otra fuente de información, acerca de nuestro tema, podría ser la que, quizás, contengan las famosas "tabletas parlantes". Estas tabletas constituyen uno de los más interesantes enigmas de nuestro tiempo en el campo de las escrituras. En efecto, los escasos ejemplares conocidos reproducen con signos pictográficos un antiguo idioma que hasta ahora nadie ha logrado descifrar, por muchos esfuerzos que se hayan hecho en tal sentido.

La recolección sistemática de estos cuentos se debe en gran parte a la señora K. Routledge, quien vivió en Isla de Pascua en 1914; otras importantes publicaciones acerca del mismo tema están citadas en la parte bibliográfica que sigue al final. Los relatos incluidos en el texto están tomados de la publicación del R.P. Sebastián Englert: "Leyendas de Isla de Pascua", Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1980; a veces, por razones de espacio, han sido reducidos, conservándose su parte esencial.

El mundo de los mitos y leyendas que la tradición nos dejó acerca de la cultura que se desarrolló en Isla de Pascua, es bastante complicado. En todo mito y leyenda es difícil interpretar el contenido hasta aproximarse en forma más o menos plausible a la verdad de los hechos que allí se esconden.

Por lo que se refiere a Isla de Pascua, esta

condición se acentúa aún más por la estratificación de influencias y culturas que se han acumulado durante algunos siglos, asimilándose, sobreponiéndose y fusionándose, obligando al estudioso a interpretarlas, a veces, algo arbitrariamente.

Los mitos que la tradición nos entrega son bastante limitados en número y pobres de contenido. Sabemos que en materia religiosa los pascuenses no se destacaban por lo complejo de su ritual y que sus creencias eran bastante sencillas. Además tenían un espíritu abierto a recibir sugerencias de otras religiones, como lo demuestra el hecho que en 1770, cuando hicieron escala en Pascua los barcos enviados por el Virrey del Perú, bajo el mando de Felipe González Haedo, los sacerdotes católicos, que con ellos habían llegado, pudieron hacerse acompañar en solemne procesión hasta las tres colinas del Poike por todos los isleños que cantaban las alabanzas al Señor en su idioma natal, un lenguaje de segura derivación polinésica.

Con la llegada permanente de los misioneros, en la segunda mitad del siglo XIX, en Isla de Pascua, se verificaron interferencias y sobreposiciones en los relatos de mitos pascuenses debido a la narración de hechos bíblicos que los misioneros adaptaron a la mentalidad del isleño y que quedaron estrechamente unidos a algunos de sus mitos tradicionales.

Lo vemos muy claramente, por ejemplo, en el mito de la creación del hombre: Make-Make, el dios creador de todas las cosas, a veces parece confundirse con el dios bíblico del relato del Génesis:

"Makemake estaba solo; esto no era bueno. Tomó una calabaza con agua y miró adentro. La sombra de Makemake entró en el agua. Makemake vio como la sombra de su rostro había entrado en el agua. Makemake habló y saludó a su propia som-

bra: “¡Salve, joven! que hermoso eres, parecido a mí” Un pájaro se posó entonces de golpe sobre el hombro derecho de Makemake. Este se asustó, al ver un ser con pico, alas y plumas. Tomó Makemake (sombra y pájaro) y los dejó juntos.

Después de un tiempo pensó Makemake en crear al hombre que fuera igual a él, que tuviera voz y conversara.

Makemake fecundó piedras: no hubo resultado porque las aguas del refluo corrieron sobre la extensión de un terreno improductivo, malo.

Fecundó el agua: del semen desparramado salieron solamente muchos pececillos paroko.

Finalmente, fecundó Makemake tierra arcillosa. De ella nació el hombre. Makemake vio que esto resultó bien.

Después vio Makemake que aún no estaba bien, pues seguía solo (el hombre). Lo hizo dormir en la casa. Cuando estuvo dormido, Makemake fecundó sus costillas del lado izquierdo. De ahí nació la mujer”.

Además del dios creador Makemake, existían en la creencia popular otros espíritus, cuyas atribuciones no están bien definidas, pero que no llegan nunca a tener la importancia reconocida a Makemake.

Estos espíritus, buenos o malos, andaban vagando por la isla. Pertenecían a familias o lugares específicos. Se les conocen nombres propios aunque, en general, se definen como Aku-Aku. Son espíritus bastante simpáticos. Traviesos, inquietos, vengativos; reflejan, en cierta medida, el carácter de los isleños. Sin embargo, a veces, adquieren un aspecto menos grato: como seres demoníacos y malignos, se entregan a la venganza, a la destrucción, a la matanza.

Los Pascuenses los respetaban y los temían; vivían casi en contacto con ellos y hasta no nos parece atrevido afirmar que algo de todo eso queda todavía vivo actualmente en la isla:

“Tare y Rapahango eran espíritus benévolos.

Llegando a una casa, llamaba Tare desde afuera: “¡Eh, vosotros! Soy yo, Tare; ahí tenéis un pedazo de atún” Salía el dueño de casa y tocaba la cosa con las manos. Era realmente atún.

Junto con Tare solía Rapahango llegar de noche a lugares donde abrían un curanto; se sentaba al lado y pedía: “¡Dadme algo del pescado!” El dueño de casa se lo daba.

Rapahango no comía sino que llevaba la comida a una casa en que quería dejarla. De afuera llamaba diciendo: “¡Recibid aquí algo y comed!”

El dueño de la casa recibía la comida. Sabía muy bien que Rapahango la traía desde un lugar en que la había pedido”.

Si los mitos de contenido religioso son muy limitados, no es así por lo que se refiere a las leyendas o a cuentos de hechos reales a los que la fácil y prolífica fantasía del isleño ha agregado el incentivo de lo inverosímil y de lo extraordinario para despertar el interés y la admiración del auditor.

Para estos numerosos relatos debemos hacer algunas distinciones. Las leyendas más antiguas se relacionan con la llegada del ariki Hotu Matu'a desde Hiva, su tierra natal. En estas leyendas es fácil reconocer el origen histórico al cual el cariño y el orgullo popular ha ido agregando detalles de tipo prodigioso. Pero el núcleo verídico es fácilmente detectable y la narración no llega nunca a ser tan inverosímil como para ser puesta en duda; el carácter mismo del pascuense, muy propenso a darle valor al hecho natural limita, en estos casos, la parte fantástica de la historia a detalles marginales.

Por ejemplo, es creíble, en lo fundamental, el relato de la llegada a la isla del rey Hotu Matu'a, y los motivos que lo empujaron a abandonar Hiva, probablemente otra isla del Pacífico, su tierra natal:

“El nombre del país de Hotu Matu'a de Hiva era Maori, nombre general. La tierra donde vivía el rey Hotu Matu'a en Hiva era Mara'e renga.

El padre de Hotu Matu'a era Taane Arai. Hotu Matu'a, el hijo, llegó a ser rey. La mujer de Hotu Matu'a era Vakai A'Heva.

La hermana de Hotu Matu'a era Ava Reipua. El lugar donde vivía la Ariki Ava Reipua en Hiva era Mara'e tohía.

El rey vio que la tierra se había hundido en el mar. Al subir el mar se hundió. Se acabaron las familias, se murieron hombres, mujeres, niños y ancianos.

Llegó un hombre, Hau Maka, un Ariki. Se acostó Hau Maka en la noche, durmió y su espíritu vino aquí, arribando en los islotes.

Hau Maka vio los islotes; el espíritu de Hau Maka dijo, poniendo un nombre a los islotes:

“Los muchachos de pie en el agua, hijos de Te Taanga, nietos de Hau Maka en Hiva”

#### Llegada de Hotu Matu'a a Isla de Pascua

“Llegó la madrugada. Entonces dijeron Ira y Raparenga: “¡Id a otear el barco del rey Hotu Matu'a!”

Fueron y echaron un vistazo mirando hacia Motu Nui ambas naves estaban allí juntas. Entonces gritaron: “¡Allá están las naves del rey!”.

Fueron Ira y Raparenga a echar un vistazo y vieron desde Orongo las naves. Ellos gritaron: “¡Aló, gente que estáis en el mar afuera! Es isla mala, maleza crece donde uno la arranca, maleza donde uno la desarraiga, maleza es lo que sobra”.

Los hombres arriba en la nave del Rey dijeron: “Ira y Raparenga gritaron dándonos malas noticias”. El Rey dijo: “Contestadles:

Ellos gritaron: “Nuestra tierra también es mala; hay también malezas; la marea alta arrasa con todo; bajando la marea hay salvación”. Ira dijo: “Es inútil que gitemos”. (No nos hacen caso).

Ira gritó: “La nave del Rey, que vaya por Hotu Iti, la nave de la Ariki por aquí. La nave de Hotu Matu'a vaya por allá, la nave de Ava Reipua por aquí”. También gritó Ira: “¡Qué pasen las naves más afuera, porque hay partes peligrosas, los escollos de Tama!”.

Se fueron (las naves); el Rey Hotu Matu'a ejerció un poder hechicero sobre Hakanononga.

Se vinieron las naves por el otro lado y este lado. La nave de Hotu Matu'a se asomó ya por la vuelta de Toremo. El Rey vio que la nave de Ava Reipua, la Ariki, había llegado ya a Motu Kau. Hotu Matu'a recitó (las palabras hechiceras): “¡Que la detenga el konekone!”.

Al llegar a Taharoa salieron mucosidades vaginales; llegaron a Hanga Hoonu y salió el tapón mocososo; entraron en Anakena y salió el líquido amniótico.

Nació (primero) una hija de la Ariki Ava Reipua. Hotu Matu'a gritó para preguntar: “¿De qué sexo es el Ariki (recién nacido)?”. Los hombres contestaron: “Es mujer”.

Nació el niño Ariki Tu'u Maneke. Los de Ava Reipua gritaron preguntando: “¿De qué sexo es ese Ariki?”.

Hotu Matu'a contestó: “Es hombre”.

El rey desembarcó en Hiro Moko, la Ariki en Hanga Ohiro.

“Hotu Matu'a mandó llamar a un hombre que fuera a amarrar el cordón umbilical del niño. No había ninguno que lo supiera hacer. En el buque de Ava Reipua había un hombre que lo sabía. Ava Reipua mandó a decir: “Aquí hay un hombre”. Hotu Matu'a dijo: “¡Mándalo acá!”.

Vino y amarró el cordón umbilical. El nombre de ese hombre era Riku Vai y Kava Vai; tenía dos nombres.

Cortó el cordón umbilical y volvió (al barco) a amarrar en seguida el cordón umbilical de la hija

de Ava Reipua.

Los hombres desembarcaron. Hicieron una casa, la casa Tupatu'u. Quedaron mil personas de a bordo del barco de Hotu Matu'a (en esta isla), mujeres, niños y hombres, y mil personas de a bordo del barco de Ava Reipua, mujeres, niños y hombres”.

A estas leyendas, que consideramos fundamentales para la comprensión de los acontecimientos que acompañaron la llegada de la inmigración polinésica, se conectan otras que se refieren a los primeros tiempos de permanencia en la isla.

Entre ellas es interesante la que relata la distribución de las tierras a las distintas tribus, porque los límites que allí se fijan fueron respetados, posteriormente, hasta los cambios fundamentales que experimentó la isla en el siglo pasado:

“En los tiempos antiguos habían ocho tribus principales de Te Pito o te Henua.

Los Miru vivían desde Te Pekapeka hasta Orongo. En Motonui pertenecía una parte a los Miru, la otra a los Haumoana. La tribu de los Miru descendía del rey Hotu Matu'a.

La tierra de los Haumoana se extendía desde Motunui hasta Hanga Poukura.

De Hanga Poukura hasta Vaihú vivían los Ngatimo.

La tierra de los Marama llegaba desde Vaihú hasta Ana o Vero a Akahanga; la de los Ure o Hei de Akahanga a Hanga Tetenga; la de los Tupahotu de Hanga Hoonu a Hotu ití; la de los Koro o Rongo de Hanga Hoonu a Mahatua.

Los Raá, Hamea y Hiti Uira eran de la tribu de los Miru, los Mokomae de la de los Tupahotu”.

Hay también cuentos tradicionales que tratan de tareas encargadas a personas especialmente preparadas, como las faenas de la agricultura y de la pesca. Estas actividades, relativamente normales en las transmigraciones de pueblos a través de las islas del Pacífico, en Isla de Pascua se revisten siempre de algo especial que llama la atención como si fueran un hecho milagroso: intervienen los espíritus buenos y malos, diablos y diablas, un poco para esconder motivos más triviales, un poco para alardear por poseer aku-aku más poderosos.

Se hace presente también el “mana”, una fuerza especial, difícil de interpretar, que acompaña siempre a los personajes más importantes y permanece incluso en sus esqueletos, después de muertos. El cráneo de ellos puede transmitir este poder milagroso a quien lo posea y sirve para aumentar fuerzas psíquicas y materiales:

“Cuando muere un rey, lo llevan y sepultan en un nicho. Al estar seco el cadáver viene otro Ariki llegando furtivamente para que no lo vea la gente. Viene a abrir el nicho, saca el cráneo y se lo lleva a su casa. Llegando hace incisiones en el cráneo haciendo la figura de un atún o de otro pez; no debe hacer incisión de otras figuras; éstas son las únicas para cráneos de reyes.

Los cráneos de reyes servían para las aves, para que se produjeran muchas.

Cuando a alguien le faltaban aves, pedía al que tenía cráneo de un rey. Si era buena persona, se lo prestaba. Si no, no se lo prestaba.

Al traer un cráneo, lo dejaba en su casa. Entonces pisaban los gallos las gallinas y éstas ponían muchos huevos y habían muchos pollitos. Era por el cráneo del rey que aumentaban las aves”.

En otros cuentos podemos recoger valiosas informaciones como nombres de especies de vegetales, costumbres agrícolas, de pesca y de caza, rituales para el sepelio de los muertos y técnicas para la construcción de casas:

“Arone Rapu me contó:

El constructor de casas de Hotu Matu'a se llamaba Nuku Kehu. El hizo la casa (de Hotu Matu'a). Cuando Nuku Kehu iba a morir, llevaron una angarilla y lo trajeron para que les enseñase el trabajo de construir una casa. No sabían bien los hombres cómo construir las casas. Ellos hacían una casa; pero cuando terminaban de techarla y soplaba el viento, se desplomaba la casa. Techaban una casa, pero no había postes, sólo había tijerales; por eso se desplomaban las casas por la fuerza del viento, esto sucedía durante años. Fueron a llamar a Nuku Kehu y lo trajeron, para que les enseñase el trabajo de construir casas. Había un sólo arquitecto de Hotu Matu'a, Nuku Kehu. El había venido de Hiva, con Hotu Matu'a.

La mujer de Nuku Kehu se había quedado en Hiva; se llamaba Maramara Kai. Nuku Kehu sentía pena al ver como el sol se ponía hacia Hiva donde vivía Maramara Kai”

Para todo tipo de trabajo o de relaciones sociales los isleños poseían una serie de tabús, cuyo origen se remonta, quizás, a muchas generaciones anteriores, y a los que obedecían ciegamente con un respeto mezclado de terror.

Sin embargo, algunos de estos tabús son resultados de experiencias directas: por ejemplo, los que limitan las temporadas de pesca de ciertas especies. Es evidente, en este caso, la sabiduría ancestral que encierra la prohibición destinada a proteger y a perpetuar la fuente mayor de la alimenta-

ción de los pascuenses:

“El rey Hotu Matu'a prohibió la pesca de atún y de po'opo'o en la parte profunda del mar; seis meses del invierno son meses de veda y no se deben comer estos pescados para no tener asma.

Existe también en la costa veda del po'opo'o. En el mes de Maro iban los hombres a los islotes y traían huevos de pájaros; volvían y los cocían encima de las rocas de las lagunas costaneras. Cuando estaban cocidos, los abrían apretándolos con las manos y botaban restos al agua y los desparramaban también encima de las rocas de las lagunas.

La gente sabía que los po'opo'o enfermaban de asma si comían de estos huevos, y también los hombres si comían po'opo'o.

Después del mes de Horanui se comía otra vez atún y po'opo'o, no existe más el peligro del asma”

“Una mujer, cuando nace su primer hijo, no debe comer encima de él. Lo deja al lado mientras está comiendo. Si no deja al lado a su hijo mientras come, el niño tendrá que caer o quemarse en un fuego.

Cuando el niño ya anda, la madre no debe comer cosas traídas en las manos del niño; cuando está grande, no debe comer lo que trae colgado del cuello, lo que trae en las manos puede comer.

Cuando el hijo baja al mar, debe marcar con sus dientes las colas de sus peces al meterlos en el canasto para que se conozcan y no se mezclen con los del padre. Son solamente los peces del marido que puede comer la madre. Si la madre no come cosas de las manos de su hijo, éste tendrá éxito en sus trabajos, no sufrirá quemaduras y no dejará de sacar pescados y otras cosas.

Otra prohibición más, el hermano mayor de una madre no debe comer cosas de la mano del hijo de su hermana, debe considerarlo como de propia descendencia.

Anteriormente también, en la infancia del hijo, no debe acercarse un canasto al niño; lo debe tener colgado para que no alcance el niño a tomarlo.

El que maneja la red (en la pesca de atunes) no debe comer atunes ni tripas de atún y no debe meter atunes en su canasto. A escondidas coma atún y coma de otro bote. No debe comer atún de su propio bote para que no se queme la cara de los pescadores. Asimismo no meta atunes en el canasto en que está su comida para que no se calienten las caras cuando pescan atunes”

También podemos deducir, a través de estos cuentos, que la gente era de espíritu bastante inquieto, de genio ligero, que no temía castigar con la muerte incluso a sus parientes más cercanos, tra-

tando dar buenos motivos para desear tales cruentos acontecimientos:

“Cuando en los tiempos antiguos un hijo se portaba mal con su padre, éste le maldecía para que muriese.

Sacaba tierra y la comía diciendo: “¡Maldito seas tú!” Si comía así tierra, dentro de poco tiempo tenía que morir su hijo.

También podía sacar un gallo y lo enterraba vivo, dejando fuera solamente la cabeza.

De estas dos cosas podía servirse el padre para que muriese su hijo si quería de tierra o si quería de un gallo”

A las leyendas de núcleo histórico pertenecen también, las que se refieren a la inmigración de los “Hanau eepe”, su estadía en la isla, su importancia en el gobierno de ella y su exterminio por parte de los “Hanau momoko”.

Debemos informar al lector que los “hanau eepe” son unos hombres llegados a la isla no sabemos si contemporáneamente o poco antes, o poco después, de los inmigrantes polinésicos, es decir, de los “Hanau momoko”. El origen de estos otros inmigrantes es todavía bastante controvertido. Sin embargo, no es muy difícil poder demostrar que se trataría de un grupo de hombres proveniente de América del Sur, con una cultura y conocimientos técnicos decididamente superiores a los que podían tener los polinésicos.

Las leyendas que se refieren a la guerra que acabó con los “Hanau eepe” contienen informaciones muy generales y no se detienen a especificar mayormente las causas que a ella llevaron. A pesar de esto, podemos reconstruir con bastante verosimilitud los motivos que primaron para la destrucción de esta raza, evidentemente extraña a los polinésicos.

Los “ahu”, construcciones sepulcrales monumentales, y los “moai”, gigantes de piedra, muchos de los cuales se instalaban encima de los anteriores, quedaron interrumpidos repentina y definitivamente, justo después del exterminio de los “hanau eepe”. Es razonable pensar, por lo tanto, que hubo una especie de rebelión por parte de los obreros-talladores, obligados a una faena pesada e ininterrumpida, contraria a su mismo carácter, apoyados por todos los demás “hanau momoko”, para acabar de una vez con ese trabajo y con los “hanau eepe” que los supervigilaban.

Esta es la leyenda de la que hablamos:

“No era en tiempo de Hotu Matu'a cuando los hanau eepe vivían en esta isla. El Ariki de aquí

cuando ellos estaban, era Tu'u Ko Iho.

Cuando los hanau eepe llegaron aquí dijeron los hanau momoko: “¿De dónde serán esos hombres? ¡Así son los pabellones (de sus orejas), es una raza corpulenta de orejas largas!”

No había mujeres hanau eepe, sólo hombres; eran muchos, muchos. Ellos vivían en Poike.

Los hanau eepe se dedicaron intensamente al trabajo de limpiar los terrenos de piedras. Ellos ordenaron a los hanau momoko que arrojaran las piedras de la isla al mar. Pero los hanau momoko dijeron: “Nosotros no queremos” Los hanau eepe arrojaron las piedras de Poike al mar para allanar el suelo.

El deseo de los hanau eepe era hacerse dueños de esta isla. Pero los hanau momoko dijeron: “No, nosotros hemos descubierto esta isla, nuestro Ariki Hotu Matu'a que era hanau momoko. Vosotros, los hanau eepe no tenéis Arikis. Nosotros no entregamos a vosotros nuestra isla”

Se enojaron los hanau eepe y empezaron la pelea. Excavaron fosos desde Te Hakarava hasta Maha-tua. El jefe de los hanau eepe era Iko.

Tomaron raíces de árboles y las echaron en los fosos para quemarlas. Los hanau eepe hicieron los fosos para los hanau momoko, para arrearlos, echarlos en los fosos y acabar con ellos a fin de que quedasen solamente los hanau eepe y que la isla quedase (entera) para ellos.

Un hanau eepe había empleado una mujer hanau momoko para hacer la comida para él que vivía arriba en el Poike. A un lado del fuego vivían los hanau eepe, al lado de arriba; al otro lado los hanau momoko, lado de abajo. Esa mujer, llamada Moko Pinge'i, estaba afligida por su gente, los hanau momoko. En la noche ella fue a escondidas por la costa y bajando se juntó con los hanau momoko; los saludó e hizo lamentos. Los hanau momoko dijeron a Moko Pinge'i: “¿Cómo podríamos sorprender a los hanau eepe?”. Dijo Moko Pinge'i a los hanau momoko: “¡Fijaos en mí! Cuando yo esté sentada tejiendo un canasto, (señal es que) ellos están dormidos, ¡que vayan entonces los hombres a la pelea!” Los hanau momoko dijeron: “¡De acuerdo!”.

Moko Pinge'i volvió a la casa del hanau eepe y quedó esperando. Al otro día vieron los hanau momoko a Moko Pinge'i que estaba sentada tejiendo un canasto. Entonces subieron por el lado del mar dando vuelta por Te Hakarava y cerraron el paso. Otros de los hanau momoko se quedaron en frente para mostrarse a los hanau eepe. Los hanau eepe se levantaron a pelear contra los hanau momoko que

se presentaron ante ellos delante del fuego.

Los enemigos venían desde atrás y desde los dos lados; los **hanau eepe** no los vieron porque estaban peleando contra los **hanau momoko** de adelante. Pero cuando los **hanau eepe** se dieron vuelta, estaban ya cerrados los pasos por los **hanau momoko**. Se dirigieron contra los **hanau momoko** de atrás, pero ellos no cedieron, no tuvieron miedo, sino que arrearon a los **hanau eepe**, vinieron de atrás, viniendo de un lado, de Te Haka-rava, y viniendo también del otro lado, de Mahatua; en el medio se juntaron. Llegando así, echaron a los **hanau eepe** a los hoyos; como piedras los tiraron al fuego, a las zanjas de Iko. Se acabaron los **hanau eepe**. Se murieron; se llenaron los fosos y, el buen olor (de carne asada) de los muertos **hanau eepe** subió por el aire.

Sólo tres saltaron encima de los **hanau momoko** y se salvaron. Se fugaron y los **hanau momoko** los persiguieron. Los tres **hanau eepe**, Vai, Ororoine y... entraron en una cueva. Los **hanau momoko** los pincharon con barretas, uno murió. Pincharon otro y se murió el segundo hombre. Un **hanau eepe** se salvó, Ororoine; lo dejaron. Cuando le pinchaban los **hanau momoko**, gritó este **hanau eepe** de dentro del agua hacia los **hanau momoko**: “¡Orro, orro, orro!”. Así era el modo de hablar de los **hanau eepe**. Los **hanau momoko** lo dejaron, diciendo: “¡Dejemos a ese (novel) inmigrado para que tenga numerosa descendencia!”

Lo dejaron. Cuando llegó la noche, salió el **hanau eepe** del agua, corrió a Ma'unga To'ato'a y llegó a la casa de un **hanau momoko** que se llamaba Pipihoreko. Ahí se quedó Ororoine. Se casó con una mujer **hanau momoko**; ella concibió un hijo masculino, siendo ella de la descendencia de Haoa. Era numerosa la familia, por decenas y centenares”

Es muy curioso y significativo que las leyendas que serían las más importantes para establecer algún origen de los monumentos megalíticos, son, al contrario, sumamente vagas o inverosímiles. Ello demuestra, en definitiva, una falta de responsabilidad directa de los polinésicos en la ideación de los mismos.

Ingenua, también, es la narración con la cual se pretendió justificar la caída de los moai y que solamente trata de esconder la vergüenza por las sangrientas luchas tribales que se verificaron sobre todo durante el siglo XIX, en el curso de las cuales las distintas facciones competían en abatir los moai de los ahu de las familias enemigas, para humillarlas, borrando en ese modo el “recuerdo

vivo” de sus antepasados:

“Un hombre bajó (a la playa) hasta llegar al mar. Tomó al bajar una red y saltó en el agua. Se sumergió y entró en un hoyo en que había una langosta. El hombre sintió en el hoyo como la langosta le tiró de arriba. Se dio vuelta para mirar. Al ver la langosta que estaba arriba, salió. Se fue a la playa y dijo a dos hombres: “¡Vamos todos a entrar en el mar!”. Los tres saltaron adentro y llegaron a ese hoyo, sumergiéndose los tres. Vieron que la langosta había bajado de la parte alta del hoyo. Los tres extendieron las manos, agarraron la langosta, la llevaron afuera y transportaron nadando hasta la playa. Fueron a la casa, cocieron la langosta y la comieron. Era grande la langosta, de grande abdomen. La comieron y terminaron con ella. Cuando una vieja que era cocinera para los trabajadores de los moai llegó de arriba, dijo: “Ah, ¡que langosta! Langosta grande, de grande abdomen. ¿Entre cuantos habéis comido la langosta grande? No habéis dejado ni una pata para mí” Al volver, exclamó la vieja hacia el cielo: “¡Caed vosotros, muchachos!”. Los moai cayeron en el suelo. El viento sopló, hubo relámpagos y los truenos estallaron en la noche. Al día siguiente habían caído los otros moai. Se dispersaron los artesanos. Te Tokanga era el último moai. No hicieron más moai.”

Más abundantes son las leyendas que se refieren al transporte de los moai hacia los ahu y a la colocación de los “pukao” (sombreros) encima de las estatuas. Esto es comprensible si se piensa que este trabajo se efectuaba con el concurso de numerosos hombres y, por lo tanto, debe haber permanecido grabado su recuerdo a través de las generaciones.

Muy interesante es la leyenda del origen de la talla de las estatuillas de madera conocidas con el nombre de “Kavakava”. Es una leyenda que une el elemento fantástico (los espíritus *Aku aku*) con la realidad de una talla tradicional que se afirmó en detalles puntuales a través de largo tiempo de práctica. Es evidente que aquí, al contrario de lo que pasa con los monumentos megalíticos, la tradición popular es fuertísima y relata prolijamente la gestación de tales estatuillas:

“Tu'u Ko Iho venía un día de madrugada por el camino desde Tore Tahuna, y llegó a Punapau. Vio a Hitirau y Nuko te Mangó que estaban durmiendo. El Ariki se detuvo; sus ojos vieron que no había carne (en los cuerpos de esas personas), ni hígado, ni intestinos, sino puros huesos. Hitirau yacía con la cabeza a mano derecha, Nuko

te Mangó a la izquierda, con sus pies al lado de la cabeza de Hitirau. El Ariki los miraba. En ese momento gritó Moaha, un akuaku, desde la altura del cerro Tangaroa: “¡Despertad, el Ariki ha visto vuestros cuerpos miserables!”. Entonces desapareció ligero el Ariki y se fue.

Llamó otra vez “¡Despertad, dormilones!” Despertaron y preguntaron: “¿Qué cosa?”. “Tu’u Ko Iho ha visto vuestros cuerpos miserables”. Cuando se despertaron del sueño, se cubrieron otra vez de carne los huesos por todo el cuerpo y se levantaron ellos como personas vivas.

Se adelantaron dando una vuelta al Ariki y vinieron a su encuentro. El Ariki vio que se acercaban dos jóvenes apuestos. Ellos saludaron: “¡Oh Ariki, bienvenido seas!”. Les contestó el Ariki: “Igualmente vosotros, tú con el compañero”. Los akuaku preguntaron: “¿Qué tal es lo que encontraste, cuando venías acá?”. El Ariki contestó: “No he encontrado nada”. Ellos se fueron; entonces siguió su camino Tu’u Ko Iho...

El Ariki siguió su camino y llegando él cerca de la casa de Hanga-poukura, venían akuaku a centenares, a miles. Ellos llamaron: “¡Bienvenido, oh Ariki, Tu’u Ko Iho, que vienes de tu tierra, de Tore Tahuna!” El Ariki Tu’u Ko Iho contestó: “¡Igualmente vosotros, bienvenidos seáis, oh amigos!”. “¿No se ha encontrado nadie contigo, oh Ariki?”. “Nadie”

Los akuaku se rieron de contento, levantaron gritos (de alegría) y desaparecieron.

El Ariki llegó frente a la casa de Hangapoukura, entró y se acostó. Vinieron otra vez los akuaku y se quedaron delante de la casa, adelante, atrás y al lado de la casa, a los dos lados. Ellos escucharon la conversación de Tu’u Ko Iho. No hablaba nada. Ellos se quedaron un largo rato; subió el sol hasta llegar al cenit. No hablaba nada el Ariki. Entonces dijeron: “No ha visto los cuerpos miserables de Hitirau y Nuko te Mangó; vamos para irnos lejos” El oído de Tu’u Ko Iho, del Ariki, oyó eso. Se marcharon los akuaku; se fueron; se diseminaron los adeptos de Hitirau, miles y miles de adeptos. El Ariki se acostó a dormir...

Amaneció; el Ariki oyó que habían hecho fuego para curanto en Akahanga. El Ariki se fue y llegó a Akahanga. Sacó las piedras calientes del curanto, levantó los tizones y los tiró aparte. El Ariki llamó a los hombres y les dijo: “Estos tienen que ir (conmigo), rociadlos con agua” Se extinguió el fuego; el Ariki sacó los tizones destinados para el fuego del curanto, se los echó al hombro y fue a Hangapoukura. En la noche fue de Hanga-

poukura a Tore Tahuna.

Entró en la casa y se acostó. En la mañana tomó en sus manos una azuela, sacó las maderas de toromiro y modeló los ojos, la nariz, las orejas, el cuello, el pecho, las manos, el vientre, las costillas, los muslos, las asentaderas, los hombros, las rodillas, los tobillos y los pies.

El Ariki vio que el primer moai era la figura de Hitirau, moai de costillas (sin carne).

Trabajo otra vez, resultó Nuko te Mangó, moai de costillas. Labró otra vez, resultó Pa’apa’a Hiro. Labró otra vez: Pa’apa’a Kirangi. Labró otra vez un moai: To’o-tahe Tu’u mai te rangi.

El Ariki tomó un cordel de (fibras de) mahute, lo trenzó y lo pasó por los sobacos de ambos lados de los moai. Colgó así los moai suspendidos en el corde. Tomó otros cordeles y amarró con uno el cuello de los moai, con el otro los pies. Quedaron derechos, puestos en una fila; tirando con la mano los cabos de estos cordeles, hacía andar los moai.

Entonces dio a su casa el nombre de “Casa de los moai-títeres”

Por lo que se refiere a las costumbres en la vestimenta o decoración y maquillaje de los cuerpos, es interesante la leyenda que relata la importancia del tatuaje.

También en ella se destaca el hecho de cómo se efectúa el tatuaje y no el posible origen de él. Los dos nombres, Heru y Patu, que inician el relato y a los cuales se atribuye, no nos aclaran nada y más bien parecen nombres sin trascendencia:

“Heru y Patu fueron los primeros hombres que hicieron tatuajes, ellos introdujeron la costumbre. Desde entonces ha venido hasta el tiempo de nuestros abuelos.

Para hacer tatuajes usaban hojas secas de caña de azúcar y de la planta ti, las quemaban en el fuego y juntaban el tizne.

Para producir tizne hacían un hoyo en la tierra, tomaban una piedra plana, llamada keho y la dejaban puesta sobre el hoyo pero dejando un lado abierto para que prendiera bien el fuego.

Echaban entonces las hojas secas de caña de azúcar y de té al hoyo para quemarlas; el humo subía en volutas hasta la piedra-tapa.

Al extinguirse el fuego, retiraban la piedra de encima del hoyo, raspaban el tizne de arriba y lo juntaban. Tomaban caña de azúcar y la mascaban dejando caer en gotas el zumo sobre el tizne para hacer tinta.

Después tomaban la aguja de tatuar, la introducían en el hueco de un hueso de ave, echaban

Hacían tatuajes en todas las partes del cuerpo...

...El tatuaje era doloroso y se hinchaba el cuerpo. Se acostaban en la casa; pasaban meses y meses hasta que sanaran. Pero al sanar veían que era cosa bonita.

Después de sanar el tatuado, hacía el padre el curanto **umu ora o te tatú**. Comían padre, madre, el maestro del tatuaje y todos los hermanos”

Hay, además, una serie de relatos a los cuales impropriamente se les da el nombre de leyendas, pero que, en verdad, son solamente detalles de distintas costumbres, explicación de faenas, descripción de lugares.

Algunos de ellos debían tener un significado muy importante para los isleños. Es el caso del relato de cómo se llevaban los niños y las niñas que habían cumplido los siete años de edad a dos distintas cuevas ubicadas en el Poike para que se blanqueara su piel y así estar listos para la gran fiesta de Orongo. Es evidente en esta costumbre el paralelismo entre la pureza de vida de los niños y el color blanco de la piel que se les exigía para presentarse a la fiesta de iniciación de los jóvenes.

Todos los años, en **Mataveri**, se celebraba esta fiesta, coincidiendo con la consagración del “**tangata-manu**”, el hombre-pájaro, resultado del encuentro del primer huevo del pájaro “**manu-tara**” en el Motu Nui, el islote mayor ubicado frente a Orongo.

Ya se ha relatado (Aisthesis, n. 15, 1983) el ritual de Orongo y sus posibles interpretaciones. Sin embargo, de esta fiesta, la tradición pascuense nos da una limitada explicación en lo que se refiere a sus orígenes, mientras que mucho más abundantes son los cuentos de los pormenores y sinsabores que ella motivaba, sobre todo en los últimos años de su existencia:

“Nace un niño y lo alimentan durante siete años; cuando ya está un poco grande, lo llevan sus padres a la cueva **hue neru** y lo dejan allí.

Todos los padres llevaban a sus hijos allá, uno o dos. El rey (Hotu Matu’a) había ordenado que **llevasen hijos allá detrás del Poike, a las cuevas hue neru, a hijos y a hijas.**

Los **neru** no comían camotes; sus alimentos eran caña de azúcar y caracoles **pipi**, caracoles pure.

Todo el año se entretenían haciendo las figuras de **kaikai** con sus manos.

Nadie debía bajar a las cuevas, solamente el padre podía llegar para llevar comida.

Creciendo los **neru**, jóvenes y niñas, quedaban

muy largos sus cabellos y muy largas sus uñas; no las cortaban.

Si subían para estar entre la gente, solían caer enfermos; unos morían, otros se mejoraban.

Cuando moría un **neru**, sus padres cantaban llorando:

“ ¡Quédate, oh **neru**,  
Quédate a blanquear tu tez, oh **neru**,  
En la cueva de calabazas de **ki’ea** colgadas,  
De los **neru** antiguos;  
En verano puedes subir,  
En invierno debes bajar,  
Quédate, que tengas tez blanca, oho **neru!**”

“Todas las tribus enviaban un hombre - cada tribu uno- a Matu nui para que esperara el primer huevo que ponía el pájaro **manu tara**. En agosto iban al islote a esperarlo.

Si uno de la tribu Tupahotu encontraba el huevo, el mando pertenecía entonces a los Tupahotu.

Al encontrar ese hombre el huevo gritaba en dirección a Orongo a la persona en Orongo que iba a ser “dueño del pájaro”: “ ¡Córtate el pelo!” Y se cortaba el pelo, cejas, párpados y barba.

Venía entonces (nadando) velozmente ese hombre del islote con el huevo puesto en una calabaza y lo traía para entregarlo al hombre **hoa manu**. Este lo recibía y lo mostraba puesto sobre sus manos abiertas; andaba a saltos, levantaba gritos de lamento y lloraba por su padre y madre muertos, sus hermanos y hermanas muertas, sus demás antepasados; sus lamentos eran por sus parientes que no alcanzaron a ver la fiesta del pájaro; por eso su llanto.

El mando quedaba en poder de la tribu de los Tupahotu.”

Por lo que se refiere a uno de los temas más importantes y oscuros de la cultura pascuense, es decir su escritura y las tabletas parlantes, la tradición es sumamente vaga y contradictoria. Prácticamente, todo lo que nos ha llegado se puede resumir en esta tradición oral referida por José Mati:

“Así me dijo mi Padre, Te **Hati-renga**: su abuelo, **Kekepu A Marama** o **Hiva**, era maestro de la antigua escritura que enseñaba a los jóvenes a recitar las inscripciones”

Como se puede comprender, esta tradición no nos sirve de mucho para esclarecer uno de los más complicados problemas lingüísticos que quedan hasta hoy día por resolver.

Una leyenda dice que **Hotu Matu’a** llegó a Isla de Pascua con unas sesenta tabletas parlantes; pero, de dónde provenían, qué decían y cómo se



podían leer, es algo que permanece en la oscuridad.

Sin embargo es interesante la tradición que a este respecto recogió la señora K. Roufledge en 1914. Ella, aunque no aporta mayores conocimientos acerca del origen de las tabletas, por lo menos relata cierto ceremonial que se relaciona con ellas:

“Cada año había una gran reunión de hombres rongo-rongo en Anakena, que según Te Haha, se reunían varios cientos de ellos. Los más jóvenes y enérgicos de la población se juntaban de todos los distritos de la isla para presenciarla. Traían “heuheu” (plumas en lo alto de varas), amarraban pira a éstas y enterraban las varillas en la tierra por todo el lugar. Los habitantes de los distritos vecinos traían ofrenda de comida a Ngaara, para que él pudiera proveer a la multitud, y el horno era de “5 yardas de largo” (4,9 mts, aprox.). La reunión se llevaba a cabo cerca del ahu principal, a mitad de camino entre la arenosa costa y el transfondo de cerros. El Ariki y su hijo Kaimokoi se sentaban en asientos hechos de tabletas, y cada uno sujetaba una tableta en su mano. Llevaban sombreros de plumas al igual que todos los profesores. Los hombres rongo-rongo se colocaban en hileras, formando un pasadizo hacia el centro que iba hasta el Ariki. Algunos de ellos habían traído consigo sólo una tableta y otros, hasta cuatro de ellas. Los mayores leían por turno o algunas veces de a dos a la vez, desde los lugares donde se encontraban, pero no se inspeccionaba sus tabletas. Te Haha y sus camaradas estaban parados en el linde, y él junto con otro muchacho sujetaban maru en sus manos. Si un joven fracasaba, se le llamaba la atención e indicaba sus errores, pero si un anciano no leía bien, Ngaara le hacía señas a Te Haha, quien se le acercaba al hombre y lo sacaba de la oreja. Nuestro informante repitió esta parte de la historia exactamente de la misma forma meses más tarde, y agregó que el Ariki solía decir al acusado: “¿no te da vergüenza ser sacado por un niño?”; se le quitaba el sombrero al ofensor, pero no se le inspeccionaba la tableta.

Pasaban la mañana completa escuchando leer a la mitad de los hombres; había un intervalo al mediodía para la comida, luego de la cual recitaba el resto de los hombres. Toda la actuación duraba hasta la noche. Ocasionalmente surgían peleas debido a gente que se burlaba de aquellos que fallaban, Ngaara le hacía notar la situación a Te Haha, y el muchacho se dirigía hacia los ofensores con el maru en su mano y los observaba, an-

te lo cual se detenían y ya no había más ruido. Cuando terminaba la función, el Ariki se paraba en una plataforma llevada por ocho hombres y dirigía a los hombres rongo-rongo en sus obligaciones. les incitaba a hacerlo en buena forma y les daba una gallina a cada uno”

Cuando llegamos al grupo de cuentos que relatan hechos sangrientos, riñas, venganzas y casos de canibalismo, ya no podemos hablar de “leyendas” propiamente tales, sino más bien de recuerdos de hechos vividos por los isleños en el siglo pasado y que sufrieron una transformación que suavizó la crueldad de los acontecimientos.

Es fácil darse cuenta que estos cuentos hablan de hechos verídicos que azotaron la isla dejando destrucción y muerte, buscándose, en lo posible, la manera de esconder la cruel verdad por medio de alteraciones que, sin embargo, dejan evidente la realidad central.

Como muestra de este tipo de cuentos, reportamos uno referido por Mateo Veriveri:

“To’a es un hombre que ha dado muerte al padre (hermano, a la mujer o al amigo) de otra persona.

Cuando muere ese padre (hermano, mujer, amigo), el vengador toma venganza al asesino a quien debe prender.

Cuando el hijo no logra prender al asesino, el nieto debe vengar la muerte de su abuelo.

Al prender al asesino, está contento y lo mata. Si el asesino ha comido al abuelo, el nieto come también al asesino.

Después no sigue la venganza; la cosa esta terminada con que esté muerta la víctima del asesino, muerto también el asesino.”

### Conclusiones.

El análisis de los mitos y leyendas pascuenses nos revela, en principio, una fundamental predisposición de la población polinésica a orientar sus creencias religiosas y cultos hacia hechos naturales. No hay mayor interés en idealizar o elaborar espiritualmente esos mismos fenómenos, a no ser en el campo - por lo demás conceptualmente bastante limitado - de los “espíritus” y del “mana”, la fuerza sobrenatural que sólo algunas personas privilegiadas poseían.

Sin embargo, es importante destacar una vez más la fuerza y exactitud de muchas leyendas llegadas hasta nosotros sólo por tradición oral. A falta de documentos históricos, ellas nos ayudan a tener una idea bastante clara de los acontecimientos y de las condiciones de vida de los isleños en tiempo remotos.

## BIBLIOGRAFIA

- ALAZARD, P. Ildefonse: Ile de Pâques ou Rapanoui. En: Las Misiones Catholiques Francaises au XIX<sup>e</sup> siècle. París, Librairie Arman Colin, 1902.
- BALLESTEROS, José Ramón: La Isla de Pascua. Santiago, Biblioteca Geográfica e Histórica Chilena, 1903.
- BEHRENS, Carl Friedrich de: "Histoire de Les pédition de trois vaisseaus envoyés par la Compagnie des Indes orientales des Provinces Unies aux terres australes en 1721" 2 vols, La Haye, 1739.
- CAMPBELL, Ramón: La herencia musical de Rapanui. Etnomucilogía de la Isla de Pascua. Santiago, Ed. Andrés Bello, 1971.
- CASTEX, Louis: Los secretos de la Isla de Pascua. E; II. Santiago de Chile, Ed. Joaquín Almen-dros, 1973.
- COOK, James: "Viaje alrededor del mundo y al polo austral de James Cook" Traducción al español de Santiago de Alvarado, Vol. IV. s.l., e. ed., 1772-1775; 6 vols.
- COOK, James: "The journals of captain James Cook" Cambridge, Ed. J.C. Beaglehole, 1955, Vol. I.
- DU PETIT-THOUARS, Abel: Voyage autour du monde sur la frégate la Vénus, pendant les années 1836-1839. Tomo II. París, Gide Editeur, 1841.
- ENGLERT, Sebastián: La tierra de Hotu Matu a. Padre Las Casas, Ed. San Francisco, 1948.
- ENGLERT, Sebastián: Leyendas de Isla de Pascua. Santiago, Ed. Universidad de Chile, 1980.
- ESTELLA, R.P. Bienvenido de: Mis viajes a Pas-cua. Santiago de Chile, Imp. Cervantes, 1921.
- R.P.E. EYRAUD: Rapport sur l' Ile de Pâques, in "Annales de la Propagation de la Foi; 1866 a 1867". (Tomo XXVIII).
- EYRAUD, Eugene: "Lettres" du frère Eugène Eyraud à Notre Très Rêvêrend Père Supérieur Gêneral". Valparaíso, diciembre de 1864.
- FALBERMAYER, Federico: Historias y leyendas de la Isla de Pascua. Valparaíso, 1948, Ed. part.
- FORSTER, Hohann Reinhold: "Observations faites, pendant le second voyage de M. Cook..." París, Hôtel de Thon, 1778.
- GONZALEZ DE HAEDO, Felipe: "The voyage to Easter Island", 1770 a 1771. Londres (precedido de un extracto del libro de bitácora de Roggeveen sobre su descubrimiento de la isla). Transcripción de B.C. Corney, Hakluyt Society, Cambridge, 1908: Vol. XIII.
- HEYERDAHL, Thor: La expedición de la "Kon-Tiki" Versión española del General Armando Revoredo. Barcelona, Ed. Juventud, 1953.
- HERYERDAHL Thor: Reports of the Norweian Archaeological Expedition to Easter Island and the East Pacific. Vol. I: Archaeology of Easter Island. Vol. II: miscellaneous Papers. Stocokoholm, Forum Publishign House, 1961 y 1955.
- HERYERDAHL, Thor: Aku-Aku: el secreto de la Isla de Pascua. Barcelona, Ed. Juventud S.A. 1968.
- JAUSSEN, Mons. Tepano: "L'île de Pâques" París, Cahieres d'Art. fasc. 2-3, 1929, págs. 109-115.
- JAUSSEN, Mons. Tepano: "L'île de Pâques" París, Ernest Leroux, 1893.
- KNOCHE, Walther: Die Osterinsel Eine Zusammenfassung der chilenischen Osterinsel expedition der Jehres 1911. Concepción, Chile. Verlag der Wiss, Archivs von Chili, 1925.
- KNOCHE, WALTHER: Tres notas sobre la Isla de Pascua. Santiago, Revista Chilena de Historia y Geografía, 1912.
- LA PEROUSE: "Voyage de la Pérouse autour du Monde" París, Imprimerie de la République, 1797, Vol. II.
- LAUREANI, Camila; "El folklore en Isla de Pascua" en "Aisthesis", N° 15, 1983. Santiago, Inst. Estética de la Universidad Católica.
- LAURENI C., Camila: "Historia de la Isla de Pascua" en "Aisthesis" N° 12-1979-Santiago, Inst. Estética U. Católica.
- LAVACHERY, Henry: Ile de Pâques. París, Ed. B. Grasset, 1935.
- LESSEPS, Jean Baptiste Barthélemy: "Voyage de Lapérouse..." París, Arthus Bertrand, 1831.
- LOTI, Pierre (Julián Viaud): Reflets sur la sombre route (Ile de Pâques). París, Calmann-levy, 1897.
- METRAUX, Alfred: La Isla de Pascua. México-Buenos Aires, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1950.
- PINART, Alphonse: Voyage à l'île de Pâques (Océan Pacifique). En "Le Tour du Monde" París, T. 36, N° 927. oct. 1878.
- ROGGEVEEN, Jacob: "The Journal of Jacob Roggeveen". Oxford, E.A. Sharp, 1970.
- ROUSSEL, P. Hippolite: Ile de Pâques (Polynésie). En: Les Misiones Catholiques. Lyon/

- París, 1868.
- RAUSSEL, R.P. Hippolyte: "Ile de Pâques ou Rapanui..." París, Anales de la Congregación del Sagrado Corazón, 1926.
- ROUTLEDGE, Catherine: *The Mystery of Ester Island. The Story of an Expedition.* London, 1920.
- ROUTLEDGE, Catherine: *La Isla de Pascua.* Conferencia leída en la Real Sociedad Geográfica de Londres en la sesión del 20-XI-1916. Trad. de E. Gunther. Valparaíso, Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, 1918. Tomo 31, págs. 373-394.
- "RUNA". Archivo para las ciencias del hombre. Vol. IV, 1951. Dedicado a la Isla de Pascua. Buenos Aires. Fac. de Fi. y Letras - Instituto de Antropología - 1951. Escritos de: M. Bórmida, G. Rodríguez, D. Camus G., J. Imbelloni.
- SILVA A., L. Ingancio: *Biblioteca Geográfica e Histórica Chilena.* Vol. I: "La Isla de Pascua", escritos de Ignacio L. Gana, Julián Viaud (Pierre Lotí) y J. B. Ballesteros. Santiago, 1903.
- STEPHEN-CHAUVET: *La Isla de Pascua y sus misterios.* Primera versión de J.M. Souviron. Santiago, Ed. Zig-Zag, 1946.
- THOMSON' William J.: *Te Pito Te Henua, or Easter Island.* Washington, Government Printing Office, 1891.
- VANCOUVER, George: "A voyage of Discovery to the North Pacific Ocean and round the World in 1790-95 under Captain Geroge Vancouver" Vols. 3. London, s.e., 1798.
- VIVES SOLAR, J.: *Rapa-Nui, Cuentos pascuenses.* Santiago de Chile, 1920.
- ZUHMBOHM, P. Gaspar: *Lettres du R.P. Gaspar Zuhmbohm au Directeur des Annales sur la Mission de l' Ile de Pâques.* En *Anales de los Sagrados Corazones de Picpus*, Lyon, 1879/1880.
- Para mayores referencias bibliográficas ver: LAUREANI, Camila: *Bibliografía y piezas originales de la Isla de Pascua.* En *Aisthesis*, Nº 10. Santiago, Ed. Instituto de Estética, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1977.